

CAPÍTULO V.

DESDE este momento se presentó la idea del combate; los que pasaban cerca de sus casas dejaban de repente sus filas, y diez minutos despues volvian á tomarlas, con una pistola cuya culata salia amenazante de su bolsa, ó una espada cuyo puño cerraba su pecho.

Desde el bulevar del Temple fué evidente que se marchaba á una batalla.

Así llegaron á la plaza de la Bastilla; estaba erizada de bayonetas; el 12.º ligero estacionaba allí.

Pero luego que pasó la artillería, dejó un oficial las filas, sin duda con pretexto de apretar la mano á un amigo, y luego en voz baja:

—Ciudadanos—dijo—soy republicano, podeis contar con nosotros.

Y bajo la promesa de un hombre aislado, se esparció esta nueva en la multitud, que acababa de adquirir la certidumbre de que el ejército no solo no tiraría, sino que se pasaría con el pueblo.

Un momento despues se elevó un gran rumor por el lado de la calle Saint-Antoine, y sesenta alumnos de la escuela politécnica, la mitad habiendo perdido sus sombreros, algunos trayendo la espada desnuda en la mano, vienen á unir-

se á las filas de los refugiados, y cambian apretones de mano con los artilleros.

Habian forzado la consigna, y sudando por una carrera larga y rápida, acudian dispuestos á la insurreccion.

Cuando los percibió la música que iba á la cabeza del cortejo, se puso á tocar la *Marsellesa* sin que nadie se lo dijese.

Preciso es haber oido esta música incendiaria, para comprender qué calofrio corrió por las venas de los asistentes.

Tomaron el camino del bulevar Bourdon; el convoy que se detuvo un momento en la Bastilla, se volvió á poner en marcha.

La vanguardia de la columna hizo alto en el puente de Austerlitz!

Allí debian pronunciarse los discursos de despedida en un estrado.

Los primeros discursos que se pronunciaron lo fueron por el general La Fayette, el mariscal Clausel, M. Mauguin y los generales refugiados Salvanha y Serrognani.

Nada de estos discursos hechos de antemano, correspondia á la exaltacion del momento; por consiguiente fueron escuchados en un silencio sombrío.

No era esta clase de discursos los que necesitaba esta multitud febril é irritada.

Pero despues de estos primeros oradores, se apoderaron otros del estrado: estos ya no eran oradores de tribuna con su fria retórica, eran tribunos de encrucijada con inspiracion ardiente, que reunian todas las cuestiones nacionales holladas hacia dos años, y las esponian á los ojos de la multitud, sangrientas como los cadáveres de los ajusticiados. Estos eran la exaltacion viva, eran la insurreccion, eran la amenaza.

A estos se les aplaudió frenéticamente.

De repente, en medio de estos gritos, de estos clamores, de estas armas patentes agitadas en el aire, de estas armas ocultas hasta entonces que salian de los pechos, hubo una aparicion terrible, apareció una especie de caballero del



apocalipsis, vestido de negro; montaba un caballo prieto que, se movía con trabajo en medio de la multitud. Traía en la mano una bandera roja cuyos pliegues lo envolvían; esta bandera estaba coronada con un bonete frigio.

Diez mil hombres que hubieran venido á atacar á los republicanos no los habrían espantado tanto como este hombre: este hombre era el espectro de la primera República; era el 93 evocado lleno de sangre en la plaza de la Revolución; era el 10 de Agosto; era el 27 y el 3 de Setiembre; era el 21 de Enero.

Comprendieron que á la vista del espectro, la clase media iba á dar un paso para atrás, y que quedarían aislados sin apoyarse mas que en su convicción.

Pero como esta era grande no titubearon.

Entonces comenzó esta lucha terrible, que en una hora cubrió la mitad de París de fuego y humo.

Los detalles de estos terribles combates del 5 y 6 de Junio, se conservarán como una de estas páginas sangrientas escritas por la mano de las guerras civiles. Jamás llegó tan lejos el heroísmo de un partido: durante treinta horas se sostuvieron sesenta hombres contra un ejército, y cuando se apagó la llama, cuando el cañon dejó de resonar, se encontraron veinte ó veinticinco muertos y veintidos prisioneros; los demás combatientes, ocho ó diez acaso, se habían abierto paso con sus bayonetas y habían desaparecido.

Mientras los republicanos consagraban con su sangre, en la calle de Saint-Merny, la nueva religión de que se hacían á la vez apóstoles y mártires, los diputados de la oposición deliberaban en casa de M. Laffitte.

Sería una salida curiosa la de esta deliberación flotante entre el deseo de volver á tomar el poder y el temor de comprometerse. En fin, como siempre, dejaron escapar el momento. Cuando pasó el momento, conocieron que era demasiado tarde, y se resolvió hacer con Luis-Felipe, el 6 de Junio, lo mismo que se hizo con Carlos X el 28 de Julio.

Nombraron para esta embajada á MM. Arago, Odilon Barrot y Laffitte.

El rey acababa de entrar en las Tullerías.

Hasta las cinco y media de la tarde supo el rey en Saint-Cloud lo que pasaba en París. Su primer movimiento fué marchar al peligro para medirlo á su talla; pasó á la habitación de la reina, le contó todo, y le preguntó qué pensaba hacer.

—Lo que hagais, respondió la reina.

—Yo parto para París.

—Entonces parto con vos.

Y los dos partieron en efecto. A las nueve estaban en las Tullerías.

Los ministros se habían reunido en el estado mayor: el rey dió orden para que los llamasen. Se reunió el consejo; se propuso declarar á París en estado de sitio; pero la proposición pareció muy avanzada, y la dejaron para el día siguiente.

Era la una de la mañana. Descansaron un poco en las Tullerías, á las seis estaba el rey á caballo.

Visitó diferentes puestos y pasó revista á la guardia nacional del Distrito en medio de los gritos de *¡abajo los carlistas! ¡abajo los republicanos!*

Así el gobierno no solamente había llegado á hacer creer que era una insurrección jacobina, sino que aun estaba combinada con una insurrección carlista.

Se dió crédito á esta estúpida acusación y fué repetida aun por personas formales.

Es cierto que los que la afirmaban mas positivamente eran acaso los que menos la creían.

A las doce estaban concentrados los republicanos en el claustro de Saint-Merny, y cercados por todas partes: ya no era mas que una cuestión de tiempo y de cadáveres.

El rey resolvió recorrer los bulevares y las orillas.

Salió de las Tullerías acompañado del duque de Nemours,

del mariscal Gerard, de los ministros de la guerra, del interior y del comercio; tambien lo acompañaban sus oficiales de ordenanza y sus ayudantes de campo: delante y detras de él iban varios pelotones de carabineros, dragones y guardias nacionales de á caballo.

Primero pasó revista á las tropas concentradas en la plaza de la Concordia y en los Campos Eliseos; despues tomando la línea de los bulevares, el arrabal de Saint-Antoine hasta la barrera del Trono, volvió á las Tullerías por las orillas.

Acababa de llegar de este paseo, y aun estaba exaltado, cuando vinieron á verlo los tres diputados.

En el momento en que llegaron á las Tullerías, estaba el rey con M. Guizot.

Los tres diputados venian en una calesa descubierta, de manera que todo el mundo podia verlos. Pero habia ya un abismo entre el 29 de Julio y el 6 de Junio, de manera que tantas aclamaciones produjo el paso del rey, como frialdad se vió en el de ellos.

Al tiempo de entrar en el patio de las Tullerías, se abalanzó un hombre á las riendas de los caballos y deteniendo la calesa:

—Señores, dijo, tened cuidado! Guizot está con el rey y esponeis vuestras cabezas.

Y desapareció el consejero.

No por esto dejaron de bajar é hicieron pedir audiencia al rey, quien, al cabo de algunos minutos, les mandó decir que estaba pronto á recibirlos.

En la puerta M. Laffitte detuvo á sus dos colegas.

—Sostengámonos, señores, les dijo, va á procurar hacernos reir.

Se abrió la puerta, y MM. Laffitte, Odilon Barrot y Arago fueron introducidos.

Hubo una larga conferencia entre el rey y los tres diputados. Le espusieron que siendo legal su victoria y debien-

do ser decisiva, tambien debia ser clemente. Que si hacia diez y ocho meses que se hallaba el órden violentamente turbado, no solo en Paris, sino en diversos puntos de la Francia, era causado por el fatal sistema del 13 de Marzo que habia adoptado el rey:—“Vais á triunfar en nombre de las leyes, añadió M. Barrot, y con todo esto será cruel este triunfo, porque se comprará con sangre francesa.

—“¿Quién tiene la culpa? respondió el rey; algunos miserables han atacado mi gobierno, ¿no debo defenderme? A mas de esto, no sé qué indicios habeis podido recojer: en cuanto á mí, creo que va á cesar la resistencia. El cañon que ois es el que está forzando en este momento el claustro de Saint-Merny, donde están encerrados los facciosos.

—“Sire, sois vencedor, respondió M. Odilon Barrot, no sufraís que se abuse de la victoria: la violencia despues del combate podria atraer nuevas catástrofes.

—“Acabo de recorrer á Paris, dijo el rey, y durante mi paseo no he oido gritar sino dos cosas: *viva el rey!* y *Sire, pronta justicia!* Al entrar informé á M. Barthe de este deseo del pueblo. Me respondió que formando assises extraordinarios, podrian estar los acusados ante el jurado en menos de quince dias. Creo que esto basta; la justicia tendrá, pues, su curso regular sin violencia de ninguna especie.

—“No basta castigar, Sire, respondió vivamente M. Laffitte, es preciso pensar en el medio de calmar la irritacion general; no solamente en la fuerza material consiste que pueda marchar un gobierno, sobre todo consiste en la fuerza moral, en el afecto de la nacion. El pais no está contento con el giro de los negocios, he aquí todas las causas del desórden.

—“Os engañais, señor, respondió el rey; nada ha podido hacerme perder el afecto del pais. La prensa trabaja diariamente con mentiras y calumnias *para demolerme.*

—“El sistema del gobierno es lo que causa todo el mal respondió M. Arago; el sistema es lo que se debe cambiar.”

La Francia habia aceptado todas las consecuencias de la revolucion. Casi todos los miembros de la oposicion querian una monarquía, pero una monarquía popular.

—“Decidlo todos, interrumpió M. Laffitte; toda la oposicion está de acuerdo en que debe conservarse la corona de Julio.

—“Me admira saber, añadió el rey con ironía, que MM. Cabet y Garnier Pagés piensan así.

—“Hoy, respondió M. Arago, existen tres partidos; pero el sistema ministerial es lo que da fuerza al partido republicano, acuso de ello al ministerio. Se necesita un sistema mas liberal en el interior, menos debilidad y condescendencia respecto del extranjero. Entonces el pueblo y el príncipe estarán solidamente unidos. El sistema actual es peligroso para el rey, para su familia y para el pais.

—“Hay algo de verdad en lo que decís; mi popularidad quizá está conmovida; pero no es culpa de mi gobierno, es el resultado de las calumnias y maniobras odiosas con que los republicanos y los carlistas quieren *demolerme*.

“La prensa me ataca con una violencia inaudita. Se me ultraja cruelmente, pero se me defiende poco ó mal. He tomado mi partido, tengo fuerzas con el testimonio de mi conciencia. No han llegado hasta sostener que simpatizaba yo con los carlistas! Remontaos al origen de la casa de Orleans, y encontrareis entre sus enemigos constantes los antepasados de los que hoy son los menores del partido carlista.

“Se dice que soy ambicioso, insaciable de riquezas, que quiero tener una corte brillante! Pero he pasado por todos los estados de la vida y podria decir:

Dichoso quien está satisfecho con su humilde fortuna.

“He llegado á ser rey porque era el único que podia salvar á la Francia del despotismo y de la anarquía. Siempre he estado opuesto á los Borbones de la rama mayor; nadie es mas enemigo suyo que yo. Es, pues, insensato suponer que pienso transigir con ellos.

“El programa del Hotel-de-Ville es una infame mentira;

apelo á M. Laffitte. En un discurso pronunciado sobre el féretro de Lamarque, uno, á quien no conozco, ha hablado de compromisos solemnemente aceptados, y cobardemente olvidados; es falso, me indigno de ello. No he hecho ninguna promesa. De derecho no tenia que prometer; de hecho, nada he prometido.

“Se ha hecho la revolucion con el grito de *Viva la Carta!* El pueblo la pedía; se ha mejorado con la supresion del artículo 14.

“Luego que subí al trono, adopté el sistema que me pareció bueno; todavía me lo parece. Probad que me engaño, y cambiaré; de otra manera persistiré, porque soy hombre de conciencia y condicion: me picarán en un mortero como carne de empanada, antes que arrastrarme contra mi opinion.

“Yo no tengo quien me rodee: quizá sea amor propio; pero no estoy sometido á ninguna influencia. Mi sistema me parece excelente; probadme lo contrario.

—“La esperiencia lo ha probado, dijo M. Arago: el atrevimiento de los carlistas, las prisiones políticas, la guerra civil en Vendée y en Paris, son la condenacion del sistema de 13 de Mayo. Nuestra posicion se ha menoscabado; algunos jóvenes acaban de procurar echar abajo vuestro gobierno, porque contaban con el descontento del pueblo; no lo habrian hecho hace quince meses.

—“Acabo de atravesar á Paris; y bien! jamas habia oido gritos mas unánimes y mas vivos de *Viva el rey!* jamas ha mostrado mas adhesion la guardia nacional.

—“He visto á la guardia nacional, respondió M. Arago; queria combatir la anarquía; pero deseaba un cambio de sistema. Mi opinion, es cierto, que no es mas que la de un simple guardia nacional, y por consiguiente, no tiene peso; tendria mas en la boca de un coronel.

—“Os comprendo..... Nunca he podido adivinar porqué